

El campo y la libertad

Por *Guillermo Garbarini Islas*

Si algo es libre por definición, es el campo, si algo no acepta los dictados del hombre es el campo. El sol con sus cuatro estaciones rige las cosechas y los nacimientos; la abundancia o escasez de lluvias, la helada, la humedad o el granizo marcan el quehacer humano sin importárseles de leyes escritas ni de normas del gobierno o de los particulares que apenas si pueden reaccionar en mínima parte contra la voluntad ingobernable de los elementos.

El hombre habituado a ellos y al trabajo que la propia tierra impone, o al tranquilo meditar en el silencio augusto de los campos no acepta de buen grado la intromisión de las autoridades que, frecuentemente, solo se acuerdan de él para sacarle buena parte de las magras utilidades de su trabajo sin ser, por cierto, su socio en la tan frecuente época de las vacas flacas.

Por eso el hombre de campo añora con justicia los viejos tiempos que conoció personalmente o por referencias, en que los impuestos de contribución territorial eran mínimos y en que no habían impuesto a la renta, ni impuestos a las actividades lucrativas, ni a la tierra apta para la producción, ni a la vialidad vecinal, ni ningún otro de los tantos inventados por los burócratas de la ciudad, junto a una serie de normas que sólo han servido para transformar el campo argentino del edén que era hasta principios de siglo en el centro de preocupación cuando no de desesperación que es en la actualidad.

La ausencia de impuestos y de leyes hizo que el campo progresase e hiciese progresar a la patria, cuyo adelanto no es otra cosa que la consecuencia del campo.

Cuando el campo era libre y por ende era feliz, afluían al país los inmigrantes y los capitales extranjeros que hicieron la grandeza del mismo.

Mientras el liberalismo bendito proyectado por Alberdi, para nuestra Constitución y materializado por la misma fue amplia verdad, la Argentina progresó a pasos agigantados, pero cuando teóricos de ciudad, ignorantes en absoluto de los problemas del campo pretendieron imponerle al mismo su absurdo dirigismo, el campo se estancó y al paralizarse el mismo, se derrumbó nuestra economía y nuestro peso, mientras sólo crecía en nuestro

país la turba de los empleados públicos que como langostas hambrientas devoran el fruto del trabajo fecundo del campo y de la industria.

Por eso he sostenido antes de ahora que para que la Argentina retome su ritmo de progreso hay que equilibrar de una vez el presupuesto, pero no por la creación de gabelas, sino por la supresión de gastos inútiles. ..

Devuélvase al campo su noble actividad creadora sin imposiciones de ninguna especie y el hombre del campo volverá a hacer la grandeza de la Patria.

La libertad es el mayor bien de que puede gozar el hombre. Afirmémosla en todos los órdenes y la Argentina será la tierra de promisión que por su suelo y su clima está llamada a ser.

El liberalismo económico resurge después de las desafortunadas tentativas de Hitler y de Mussolini.

El hizo la grandeza de Gran Bretaña, de Estados Unidos y de nuestro país y él nos pondrá de nuevo en el carril que nunca debimos abandonar.
